



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 15 de enero de 1992

La Iglesia, misterio de comunión fundada en el amor

1. Quiero comenzar también esta catequesis con un hermoso texto de la carta a los Efesios, que dice: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo... Nos ha elegido en él antes de la fundación del mundo... en el amor, eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad... de hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (*Ef 1, 3-10*). San Pablo, con vuelo de águila, con un profundo sentido del misterio de la Iglesia, se eleva a la contemplación del designio eterno de Dios, que quiere reunirlo todo en Cristo como Cabeza. Los hombres, elegidos desde la eternidad por el Padre en el Hijo amado, encuentran en Cristo el camino para alcanzar su fin de hijos adoptivos. Se unen a él convirtiéndose en su Cuerpo. Por él suben al Padre, como una sola realidad, junto con las cosas de la tierra y del cielo.

Este designio divino halla su realización histórica cuando Jesús instituye la Iglesia, que primero anuncia (cf. *Mt 16, 18*) y luego funda con el sacrificio de su sangre y el mandato dado a los Apóstoles de apacentar su rebaño. Es un hecho histórico y, al mismo tiempo, un misterio de comunión con Cristo. El apóstol no se limita a contemplar ese misterio; se siente impulsado a traducir esa verdad contemplada en un cántico de bendición: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo...».

2. Para la realización de esta comunión de los hombres en Cristo, querida desde la eternidad por Dios, reviste una importancia esencial el mandamiento que Jesús mismos define «el mandamiento mío» (*Jn 15, 12*). Lo llama «un mandamiento nuevo»: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también

vosotros los unos a los otros» (*Jn 13, 34*). «Este es el mandamiento mío: que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (*Jn 15, 12*).

El mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo, tiene sus raíces en el Antiguo Testamento. Pero Jesús lo sintetiza, lo formula con palabras lapidarias y le da un significado nuevo, como signo de que sus discípulos le pertenecen. «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros» (*Jn 13, 35*). Cristo mismo es el modelo vivo y constituye la medida de ese amor, del que habla en su mandamiento: «Como yo os he amado», dice. Más aún, se presenta la fuente de ese amor, como «la vid», que fructifica con ese amor en sus discípulos, que son sus «sarmientos»: «Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada» (*Jn 15, 5*). De allí la observación: «Permaneced en mi amor» (*Jn 15, 9*). La comunidad de los discípulos, enraizada en ese amor con que Cristo mismo los ha amado, es la Iglesia, Cuerpo de Cristo, única vid, de la que somos sarmientos. Es la Iglesia-comunión, la Iglesia-comunidad de amor, la Iglesia-misterio de amor.

3. Los miembros de esta comunidad aman a Cristo y, en él, se aman recíprocamente. Pero se trata de un amor que, derivando de aquel con que Jesús mismo los ha amado, se remonta a la fuente del amor de Cristo hombre-Dios, a saber, la comunión trinitaria. De esa comunión recibe toda su naturaleza, su característica sobrenatural, y a ella tiende como a su propia realización definitiva. Este misterio de comunión trinitaria, cristológica y eclesial, aflora en el texto de san Juan que reproduce la oración sacerdotal del Redentor en la última Cena. Esa tarde, Jesús dijo al Padre: «No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, *para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti*, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (*Jn 17, 20-21*). «Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí» (*Jn 17, 23*).

4. En esa oración final, Jesús trazaba el cuadro completo de las relaciones interhumanas y eclesiales, que tenían su origen en él y en la Trinidad, y proponía a los discípulos, y a todos nosotros, el modelo supremo de esa «communio» que debe llegar a ser la Iglesia en virtud de su origen divino; él mismo, en su íntima comunión con el Padre en la vida trinitaria. Jesús en su mismo amor hacia nosotros mostraba la medida del mandamiento que dejaba a los discípulos, como había dicho en otra ocasión: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (*Mt 5, 48*). Lo había dicho en el sermón de la montaña, cuando recomendó amar a los enemigos: «Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos» (*Mt 5, 44-45*). En otras muchas ocasiones, y especialmente durante su pasión, Jesús confirmó que este amor perfecto del Padre era también su amor: el amor con que él mismo había amado a los suyos hasta el extremo.

5. Este amor que Jesús enseña a sus seguidores, como reproducción de su mismo amor, en la oración sacerdotal se refiere claramente al modelo de la Trinidad. «Que ellos también sean uno en nosotros», dice Jesús, «para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos» (*Jn 17, 26*). Subraya que éste es el amor con que «me has amado antes de la creación del mundo» (*Jn 17, 24*).

Y precisamente este amor, en el que se funda y edifica la Iglesia como «communio» de los creyentes en Cristo, es la condición de su misión salvífica: que sean uno como nosotros –pide al Padre–, para que «el mundo conozca que tú me has enviado» (*Jn 17, 23*). Es la esencia del apostolado de la Iglesia: difundir y hacer aceptable, creíble, la verdad del amor de Cristo y de Dios, atestiguado, hecho visible y practicado por ella. La expresión sacramental de este amor es la Eucaristía. En la Eucaristía la Iglesia, en cierto sentido, renace y se renueva continuamente como la «communio» que Cristo trajo al mundo, realizando así el designio eterno del Padre (cf. *Ef 1, 3-10*). De manera especial en la Eucaristía y por la Eucaristía la Iglesia encierra en sí el germen de la unión definitiva en Cristo de todo lo que existe en los cielos y de todo lo que existe en la tierra, tal como dijo Pablo (cf. *Ef 1, 10*): una comunión realmente universal y eterna.

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

Saludo ahora con particular afecto a todos los peregrinos y visitantes de lengua española.

En particular, a los integrantes del grupo ORPRELA. Que vuestro lema «Ora, predica, labora» sea vuestra aportación específica a la nueva evangelización a que he convocado con motivo del V Centenario de la llegada de la Cruz de Cristo al continente americano. Pido a Nuestra Señora de Luján, cuya imagen os acompaña, que sea para todos vosotros, y para los miembros del «Movimiento eclesial contemplativo apostólico Lumen Christi» la Estrella en el Camino de la Nueva Evangelización.

Doy mi más cordial bienvenida a los Superiores y queridos estudiantes del Colegio de los Legionarios de Cristo de Roma que, como en ocasiones anteriores, han querido presentar al Papa sus buenos deseos al comenzar el nuevo año.

Saludo igualmente a la numerosa peregrinación organizada por la empresa M. Cluny y al grupo de jóvenes procedentes de Buenos Aires. A todos bendigo de corazón.